Biblioteca

STEPHEN KING

Dolores Claiborne

Traducción de

Enrique de Hériz

DEBOLS!LLO

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

Título original: *Dolores Claiborne*

Primera edición: septiembre, 2009

© 1993, Stephen King
Publicado mediante acuerdo con el autor a/c Ralp M. Vicinanza, Ltd.
© 2009, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Enrique de Hériz, por la traducción
© 2009, José Óscar Hernández Sendín, por la traducción del prólogo

Agradecemos la colaboración de Javier Martos y J. Óscar H. Sendín, moderadores de la web www.ka-tet-corp.com, dedicada exclusivamente a Stephen King.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9908-001-7 (vol. 102/54)
Depósito legal: B-27182-2009

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en Novoprint, S. A.
Energia, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

P 8 8 0 0 1 7

A mi madre, Ruth Pillsbury King

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

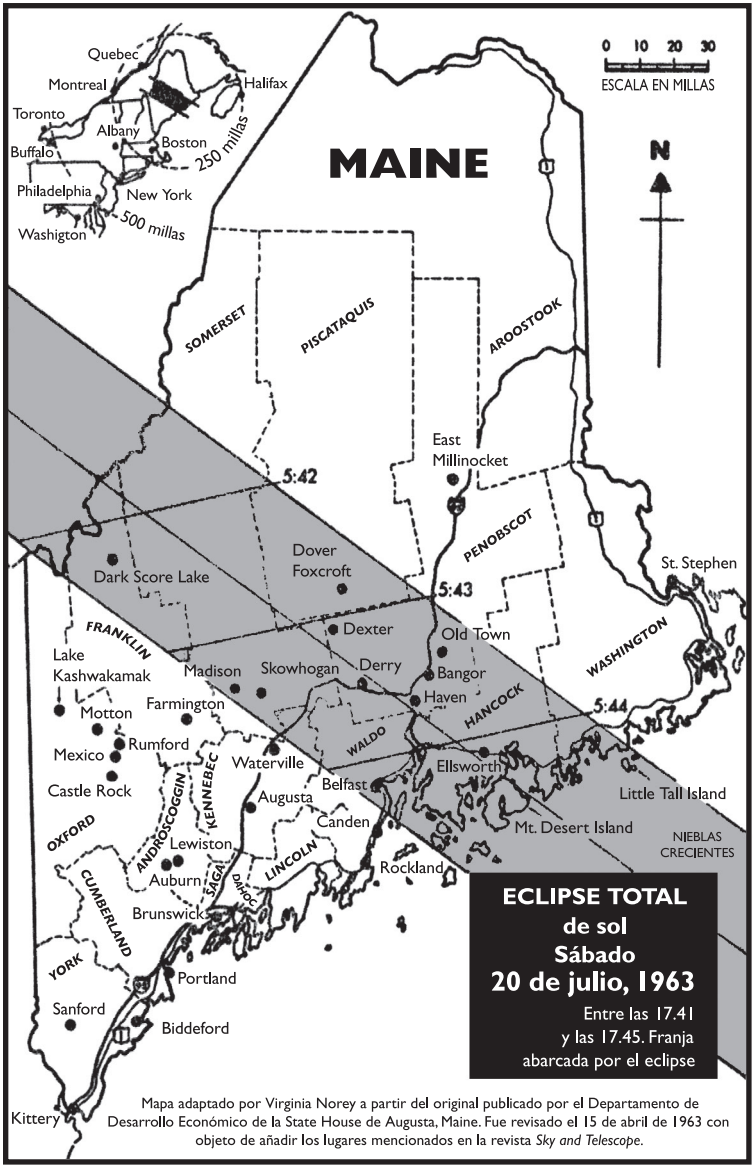
¿Qué quiere una mujer?

Sigmund Freud

R-E-S-P-E-T-O, averigua qué significa para mí.

Aretha Franklin

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.



Mapa adaptado por Virginia Norey a partir del original publicado por el Departamento de Desarrollo Económico de la State House de Augusta, Maine. Fue revisado el 15 de abril de 1963 con objeto de añadir los lugares mencionados en la revista *Sky and Telescope*.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE BOLSILLO

En el noroeste de Maine (en la región conocida como el Distrito de los Lagos), la pequeña ciudad de Sharbot bordea a modo de media luna una hermosa masa de agua llamada lago Dark Score. Este es uno de los lagos de mayor calado en Nueva Inglaterra, superando en algunos puntos los cien metros de profundidad. Algunos lugareños son famosos por afirmar que no tiene fondo… aunque dichas afirmaciones se pronuncian habitualmente solo después de unas pocas cervezas (en Sharbot, media docena ya se considera unas pocas).

Si uno trazara una línea recta en un mapa del estado de noroeste a sudeste, desde el minúsculo punto cartográfico que representa Sharbot, y a través del que señala la ubicación de la ciudad de Bangor, finalmente llegaría al menor punto de todos, un grano microscópico de color verde en el Atlántico, a poco más de veinticinco kilómetros de Bar Harbor. Este pequeño grano verde es la isla de Little Tall, cuya población, de 204 habitantes en el censo de 1990, está en descenso desde que en 1960 se registrara la mayor cifra de su historia: 527.

Estas dos comunidades minúsculas, distanciadas exactamente doscientos veinticinco kilómetros a vuelo de pájaro, encorchetan las características isleñas y costeras del mayor estado de Nueva Inglaterra como un par de anodinos sujetalibros. No tienen, empero, absolutamente nada en común; a uno incluso le resultaría difícil encontrar a un habitante de

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

cualquiera de las dos que tuviera conocimiento de la existencia de la otra.

Pero en el verano de 1963, el último verano antes de que Estados Unidos (y el mundo entero) cambiara para siempre debido a la bala de un asesino, Sharbot y Little Tall estuvieron enlazadas por un notable fenómeno celeste: el último eclipse total de sol que sería visible en la Nueva Inglaterra septentrional hasta el año 2016.

Tanto Sharbot, en el lejano oeste de Maine, como la isla de Little Tall, el punto más oriental del estado, se hallaban en la franja de totalidad. Y aunque ese día, húmedo y sin viento, más de la mitad de las poblaciones fueron privadas de la visión del fenómeno como consecuencia de una capa de nubes que colgaban a baja altura, tanto Sharbot como Little Tall disfrutaron de unas condiciones visuales perfectas. Para los residentes de Sharbot, el eclipse empezó a las 4.29 de la tarde, hora del Este; para los residentes de Little Tall, comenzó a las 4.34. El período de totalidad a través del estado duró casi exactamente tres minutos. En Sharbot, la oscuridad total abarcó desde las 5.39 hasta las 5.41; en Little Tall, la oscuridad fue completa desde las 5.42 hasta casi las 5.43; exactamente, un período de cincuenta y nueve segundos.

Mientras esa extraña oscuridad se deslizaba como una ola a través del estado, aparecieron las estrellas y llenaron el cielo diurno; los pájaros ocuparon sus nidos; los murciélagos aletearon sin rumbo fijo sobre las chimeneas; las vacas se tumbaron en los campos donde habían estado pastando y se echaron a dormir. El sol se convirtió en un anillo mágico que ardía en el cielo, y a medida que el mundo dentro de esta muestra de negrura innatural yacía suspendido y silencioso, y los grillos comenzaban a cantar, dos personas que nunca se conocerían se sintieron la una a la otra, se volvieron la una hacia la otra, como flores que se vuelven en busca de la calidez del sol.

Una era una chica llamada Jessie Mahout; ella estaba en Sharbot, en el extremo occidental del estado. La otra era una

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

madre de tres hijos, de nombre Dolores St. George; ella se encontraba en la isla de Little Tall, en la costa este del estado.

Ambas oyeron el ulular de los búhos en pleno día. Ambas yacieron en profundos valles de terror, geografías de pesadilla de las que creyeron que nunca hablarían. Ambas sintieron que la oscuridad era todo lo que les correspondía, y dieron gracias a Dios por ello.

Jessie Mahout se casaría con un hombre llamado Gerald Burlingame, y su historia se narra en *El juego de Gerald*. Dolores St. George retomaría su nombre de soltera, Dolores Claiborne, y ella cuenta su relato en las páginas que siguen. Ambas son historias de mujeres en el camino del eclipse, historias de cómo escaparon de la oscuridad.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

¿Qué has preguntado, Andy Bissette? ¿Que si entiendo mis derechos tal como me los has contado?

¡Diantres! ¿Por qué algunos hombres son tan burros?

Bah, nunca lo comprenderías. Deja de darle a la boca y escúchame un rato. Me da la sensación de que te vas a pasar la mayor parte de la noche escuchándome, así que será mejor que te vayas acostumbrando. ¡Claro que entiendo eso que me has leído! ¿Tengo pinta de haber perdido todas mis facultades desde que te vi en el mercado? Eso fue el lunes por la tarde, por si has perdido la pista. Te dije que tu mujer te echaría la bronca por haber comprado el pan del día anterior y apuesto a que tenía razón, ¿no es cierto?

Entiendo muy bien mis derechos, Andy. Mi madre no educó a ninguna idiota. También entiendo mis responsabilidades. Que Dios me ayude.

¿Dices que cualquier cosa que diga puede ser usada en mi contra ante un tribunal? ¡Vaya, los milagros nunca cesan! Y tú deja de poner esa sonrisita, Frank Proulx. Ahora puedes ser un poli duro, pero no hace tanto desde que yo te veía corretear por ahí con el pañal abolsado y con esa misma sonrisa estúpida en la cara. Te daré un pequeño consejo: cuando intentes embaucar a una viejarrona como yo, será mejor que te ahorres la sonrisa. Me cuesta menos leer tu cara que un anuncio de ropa interior en un catálogo de Sears.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

Bueno, ya nos hemos divertido: tal vez deberíamos centrarnos. Voy a contaros a los tres un buen montón de cosas a partir de ahora mismo; y una buena parte de eso tal vez pueda ser usada en mi contra ante un tribunal, si es que a alguien le interesa a estas alturas. Lo más gracioso es que la gente de la isla ya lo sabe casi todo y a mí ya casi me importa una mierda y media, como solía decir el viejo Neely Robichaud cuando se tomaba unas copas de más. Es decir, casi siempre, como os podrá decir cualquiera que lo haya conocido.

Hay una cosa que sí me importa una mierda, sin embargo, y por eso he venido aquí por voluntad propia. Yo no maté a esa cabrona de Vera Donovan y, os lo creáis o no, pretendo convenceros de eso. Yo no la empujé por la jodida escalera. Si me queréis encerrar por lo otro no pasa nada, pero mis manos no se han manchado con la sangre de esa cabrona. Y pienso que me creeréis cuando haya acabado, Andy. Siempre fuiste un buen chico, en la medida en que esto es posible —un chico de mente noble, es lo que quiero decir—, y ahora te has convertido en un hombre decente. Pero no dejes que se te suba a la cabeza: creciste como todos los hombres, con una mujer que te lavaba la ropa y te sonaba la nariz y te corregía el rumbo cuando apuntabas en la dirección equivocada.

Una cosa más, antes de empezar. A ti te conozco, Andy. Y a Frank, por supuesto, pero… ¿quién es esa mujer con la grabadora?

¡Ah, por Dios, Andy! ¡Ya sé que es una estenógrafa! ¿No te he dicho ya que mi madre no educó a ninguna idiota? Puede que vaya a cumplir los sesenta y seis en noviembre, pero todavía no he perdido la sesera. Ya sé que una mujer con una grabadora y una libreta para tomar notas en taquigrafía es una estenógrafa. Veo todos los programas de tribunales, incluso *La ley de Los Ángeles*, donde nadie parece capaz de permanecer con la ropa puesta más de quince minutos.

¿Cómo te llamas, querida?

Ajá, y ¿de qué parte procedes?

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

Ah, basta ya, Andy. ¿Qué más tenías que hacer esta noche? ¿Planeabas bajar al muelle a ver si podías pillar a unos cuantos tipos poniendo trampas para langostas sin licencia? Eso supondría una mayor excitación de la que podría soportar tu corazón, ¿verdad? ¡Ja!

Así. Mejor. Tú eres Nancy Bannister, de Kennebunk, y yo soy Dolores Clairborne, de aquí mismo, de la isla de Little Tall. Bueno, ya he dicho que voy a hablar un buen montón antes de que acabemos, y ya verás que no mentía. Así que si necesitas que hable más alto, o más despacio, solo tienes que decirlo. No seas tímida conmigo. Quiero que cojas cada maldita palabra, empezando por esto: hace veintinueve años, cuando aquí el señor Bissette, ahora jefe de la policía, todavía iba a primer curso y aún se comía los mocos, yo maté a mi marido, Joe St. George.

Noto una pequeña corriente de aire, Andy. Igual desaparecería si cerraras tu maldita bocaza. Además, no comprendo por qué pones esa cara de sorpresa. Sabes que maté a Joe. Todo el mundo en Little Tall lo sabe, y probablemente también lo sabe la mitad de la gente del otro lado de la bahía, en Jonesport. Solo que nadie pudo probarlo. Y yo no estaría aquí, admitiéndolo delante de Frank Proulx y Nancy Bannister, de Kennebunk, si no fuera porque a la cabrona de Vera le dio por seguir con sus viejos trucos sucios.

Bueno, nunca podrá volver a hacer más de las suyas, ¿verdad? Por lo menos, es un consuelo.

Acércame un poco más la grabadora, Nancy querida. Si hemos de hacerlo, hagámoslo bien. ¿Verdad que esos japoneses hacen cosas monísimas? Sí, desde luego… Pero supongo que las dos sabemos que lo que corre por la cinta dentro de esa monada puede llevarme al correccional de mujeres para el resto de mi vida. Sin embargo, no tengo otra opción. Juro por Dios que siempre supe que Vera Donovan sería mi muerte, lo supe desde la primera vez que la vi. Y mirad lo que me ha hecho, mirad lo que me ha hecho esa maldita vieja cabrona. Esta vez sí que me

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

ha puesto la zancadilla. Pero es que la gente rica es así: si no pueden matarte de una patada, te matan amablemente a besos.

¿Qué?

¡Ay, diantres! Ya voy al grano, Andy, si me dejas un poco en paz. Solo trato de decidir si lo cuento desde el principio o empiezo por el final. Supongo que no puedo tomar una copita, ¿no?

¿Café? Y una mierda. Coge la cafetera entera y métetela por donde yo me sé. Dame un vaso de agua, si eres tan tacaño que no puedes compartir un trago del Beam que tienes en el cajón de tu escritorio. Yo no…

¿Que cómo lo sé? Hombre, Andy Bissette, si no te conociera diría que acaban de quitarte los pañales. ¿Te crees que la gente de la isla solo habla de mí y del asesinato de mi marido? ¡Y un cuerno! Esa ya es una noticia desfasada Mira, todavía queda algo de jugo dentro de ti.

Gracias, Frank. Tú también fuiste siempre un buen chico, aunque era muy difícil mirarte en la iglesia hasta que tu madre te quitó el maldito hábito de hurgarte los mocos. Diantres, a veces te metías el dedo tan adentro que parecía un milagro que no te sacaras los sesos. ¿Y por qué diablos te sonrojas? Nunca ha habido ningún niño que no excavara algo de oro verde de la vieja mina de vez en cuando. Al menos tú conseguías mantener las manos alejadas de los pantalones y de las bolas —por lo menos en misa—, y hay muchos niños que nunca…

Sí, Andy, sí, voy a decirlo. Por Dios, tú nunca te has sacudido las hormigas del pantalón, ¿verdad?

Te diré una cosa: voy a hacer un trato. En vez de contarlo de atrás adelante o de delante atrás, voy a empezar justo por la mitad y recorreré hacia los dos lados. Y si no te gusta, Andy Bissette, puedes apuntarlo en tu lista de quejas y se lo cuentas al capellán.

Joe y yo tuvimos tres críos y cuando él murió, en el verano del sesenta y tres, Selena tenía quince años, Joe Junior trece

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

y el Pequeño Pete solo nueve. Bueno, Joe no me dejó ni un pote en el que mear y apenas una ventana por la que tirarlo luego.

Supongo que luego tendrás que arreglarlo un poco, ¿verdad, Nancy? Solo soy una vieja con un genio de mil demonios y la boca sucia, pero así son las cosas a menudo cuando has tenido una vida sucia.

Bueno, ¿dónde estaba? Todavía no me he perdido, ¿verdad?

Ah, sí, gracias, cariño.

Lo que me dejó Joe fue esa casa destrozada junto al East Head y seis acres de tierra, casi todo zarzales y esa madera inservible que crece después de limpiar las malas hierbas. ¿Qué más? Veamos. Tres vehículos que no funcionaban —dos camionetas y una excavadora—, cuatro atajos de madera, una deuda en el colmado, una deuda en la ferretería, una deuda en la gasolinera, una deuda en el tanatorio y… ¿queréis saber cuál fue la maldita guinda del pastel? No llevaba ni una semana criando malvas cuando apareció ese bastardo de Harry Doucette con un jodido pagaré según el cual Joe le debía veinte dólares por una apuesta de béisbol.

Me dejó todo eso, pero ¿creéis que me dejó un maldito seguro de vida? No, señor. Aunque eso podría haber sido un flaco favor, tal como acabaron las cosas. Supongo que llegaré a eso antes de acabar, pero de momento solo trato de decir que en verdad Joe St. George no tenía absolutamente nada de hombre: era como una maldita rueda de molino colgada del cuello. En realidad, era algo peor que eso, porque una rueda de molino no se emborracha ni pretende echarte un polvo a la una de la madrugada. Aunque no maté a ese hijo de puta por ninguna de esas razones, pero supongo que es un principio tan bueno como cualquier otro.

Una isla no es un buen lugar para matar a nadie, lo que yo te diga. Parece que siempre hay alguien por ahí, loco por meter la nariz en tus asuntos justo cuando menos te conviene. Por eso lo hice cuando lo hice, aunque ya llegaremos a eso. De momento, basta con decir que lo hice tres años después de que

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

muriera el marido de Vera Donovan en un accidente de tráfico en las afueras de Baltimore, que es donde vivían cuando no estaban de vacaciones en Little Tall. En aquella época, casi todas las putadas de Vera eran simples y claras.

Con Joe fuera de circulación y sin ningún ingreso, estaba en un verdadero aprieto, eso sí puedo decirlo. Tengo la sensación de que nadie en el mundo se siente tan desesperado como una mujer sola si sus hijos dependen de ella. Ya casi había decidido que sería mejor cruzar el estrecho y buscar un trabajo en Jonesport, controlando la mercancía en el Shop and Save o haciendo de camarera en algún restaurante, y fue entonces cuando esa vieja chota decidió de repente que viviría todo el año en la isla. Casi todo el mundo creyó que se le había cruzado un cable, pero yo no me sorprendí tanto. De todos modos, en esa época ya pasaba mucho tiempo aquí.

El tipo que trabajaba para ella en aquellos días —no recuerdo el nombre pero ya sabes a quién me refiero, Andy, a aquel mayordomo tarado que siempre llevaba los pantalones bien apretados para enseñar al mundo que tiene unas pelotas tan grandes como frascos de conservas— me llamó y me dijo que La Patrona (siempre la llamaba así, La Patrona, mira si estaba zumbado) quería saber si yo trabajaría para ella a jornada completa como ama de llaves. Bueno, yo había trabajado para su familia en verano desde 1950, y supongo que era natural que me llamara a mí antes que a cualquier otra, pero entonces pareció como una respuesta a mis oraciones. Dije que sí al instante y trabajé para ella hasta ayer por la tarde, cuando bajó la escalera principal con su estúpida cabeza hueca por delante.

¿A qué se dedicaba su marido, Andy? Fabricaba aviones, ¿no?

Ah. Ajá, supongo que sí lo oí, pero ya sabes cómo habla la gente de la isla. Lo único que tengo por cierto es que ella quedó bien arreglada, muy bien arreglada, y que se lo quedó todo cuando él murió. Menos lo que se llevó el gobierno, claro, y dudo que fuera tanto como lo que se adeudaba. Michael Do-

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

novan era listo como el hambre. Y astuto también. Y aunque nadie lo creería por su comportamiento en los últimos diez años, Vera era tan astuta como él… y tuvo sus días de lucidez hasta el mismo momento de su muerte. Me pregunto si sabía en qué lío me metería si no moría en la cama de un tranquilo ataque de corazón. He estado en East Head casi todo el día, sentada en la escalera desvencijada y pensando en eso… En eso y en un centenar de cosas más. Al principio creía que no: un cuenco de harina posee más cerebro del que tenía Vera Donovan en los últimos días; pero luego recordé cómo se portó cuando lo del aspirador y pensé que tal vez… Sí, tal vez.

Pero ahora no importa. Lo único que importa ahora es que yo he pasado de las brasas al fuego y me encantaría limpiarme antes de quemarme más el culo. Si todavía estoy a tiempo.

Empecé a trabajar como ama de llaves de Vera Donovan y acabé siendo eso que llaman «compañía de pago». No me costó mucho tiempo entender la diferencia. Como ama de llaves, tenía que tragar mierda ocho horas al día, cinco días por semana. Como compañía de pago, tenía que tragarla a todas horas.

Tuvo el primer derrame cerebral en el verano de 1968, mientras veía por la televisión la convención nacional del Partido Demócrata en Chicago. El de aquella vez fue leve, y ella solía echar la culpa a Hubert Humphrey. «Al final resulta que miré a ese alegre capullo demasiadas veces —afirmaba—, y se me reventó una maldita vena. Debería haber imaginado que sucedería, pero también podría haber ocurrido con Nixon.»

Tuvo uno más grave en 1975, y esta vez no pudo culpar a ningún político. El doctor Freneau le dijo que sería mejor que dejara de fumar y de beber, pero se podría haber ahorrado el discurso: ninguna fulana de tacones altos como Vera «Bésame-Las-Nalgas» Donovan estaba dispuesta a escuchar a un simple médico de pueblo como Chip Freneau. «Lo enterraré —solía decir— y me tomaré un whisky con soda sentada sobre su lápida.»

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

Durante un tiempo pareció que podía conseguirlo —él siguió regañándola y ella siguió navegando como el *Queen Mary*—. Luego, en 1981, ella tuvo el primer ataque serio y el marido se mató en un accidente de coche en el continente un años después. Fue entonces cuando yo me mudé a vivir con ella: octubre de 1982.

¿Tenía que hacerlo? No lo sé. Supongo que no. Tenía mi Seguridad Sociable, como solía llamarla la vieja Hattie McLeod. No era mucho, pero entonces ya hacía tiempo que los chicos se habían ido —el Pequeño Pete había desaparecido de la faz de la tierra, pobre corderillo perdido— y yo me las había arreglado para ahorrar unos cuantos dólares. Vivir en la isla siempre ha sido barato, y aunque ya no es lo que era, sigue siendo mucho más barato que vivir en el continente. O sea que supongo que no estaba obligada a ir a vivir con Vera, no.

Pero para entonces ella y yo estábamos acostumbradas la una a la otra. Es difícil explicarlo a un hombre. Supongo que aquí Nancy, con sus libretas y sus bolígrafos y su grabadora, lo entiende, pero imagino que no se le permite hablar. Nos habíamos acostumbrado como dos viejos murciélagos se acostumbran a estar colgados boca abajo el uno junto al otro en la misma cueva, incluso aunque estén muy lejos de ser lo que se llama íntimos amigos. Y en realidad no implicaba ningún verdadero cambio. El mayor fue colgar mi ropa de los domingos en el armario, al lado de mi ropa de cada día, porque en el otoño del ochenta y dos yo ya pasaba allí todos los días y también casi todas las noches. Ganaba algo más de dinero, pero no tanto para pagar la entrada de mi primer Cadillac, ya entendéis lo que quiero decir. ¡Ja!

Supongo que lo hice sobre todo porque no había nadie más. Ella tenía un agente financiero en Nueva York, un hombre que se llamaba Greenbush. Pero Greenbush no iba a acudir a Little Tall para que ella pudiera gritarle desde la ventana de la habitación que tuviera cuidado en tender las sábanas con seis pinzas, no cuatro, ni se iba a instalar en la habitación de los

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

invitados para cambiarle los pañales y limpiarle la mierda de su culo gordo mientras ella lo acusaba de robarle la calderilla de la hucha en forma de cerdito y le decía que lo enviaría a la cárcel. Greenbush manejaba los cheques; yo limpiaba la mierda y la oía quejarse por las sábanas y por la pelusa y por su maldito cerdo de porcelana.

¿Y qué? No espero ninguna medalla, ni siquiera un Corazón Púrpura. He limpiado mucha mierda en mi época, he oído todavía más mierda (recordad que estuve casada con Joe St. George durante dieciséis años) y nunca se me cayeron los anillos. Supongo que al final me quedé con ella porque no tenía a nadie más. O yo o el asilo. Sus hijos nunca vinieron a verla y eso es lo único que me da pena. Tampoco es que yo esperara que apareciesen, no os hagáis una idea equivocada, pero no entendía por qué no podían arreglar su vieja querella, cualquiera que fuese, y venir de vez en cuando para pasar un día juntos, o tal vez un fin de semana. Era una miserable cabrona, de eso no cabe duda, pero era su madre. Y ya estaba vieja. Claro que ahora sé mucho más que antes, pero…

¿Qué?

Sí, es verdad. Que me muera si miento, como les gusta decir a mis nietos. Si no me crees, llama a Greenbush. Supongo que cuando corra la noticia —y correrá, como siempre— habrá alguno de esos artículos de cotilleo en el *Daily News* de Bangor, contando lo maravilloso que es todo. Bueno, tengo una noticia para vosotros: no es maravilloso. Es una jodida pesadilla, eso es lo que es. Da lo mismo lo que ocurra aquí: la gente dirá que le lavé el cerebro para que hiciera lo que hizo y luego la maté. Lo sé, Andy, y tú también. No hay ningún poder en la tierra ni en el cielo que pueda evitar que la gente piense lo peor cuando quiere pensarlo.

Bueno, ni una sola palabra es cierta. Yo no la obligué a hacer nada, y desde luego ella no hizo lo que hizo porque me quisiera, ni siquiera porque yo le gustara: a su manera pudo pensar que me debía mucho y no era propio de ella decirlo.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

Incluso podría ser que se tratara de su manera de darme las gracias… No por cambiarle los pañales llenos de mierda, sino por estar ahí todas las noches en que los cables abandonaban los rincones o la pelusa salía de debajo de la cama.

No lo entendéis, ya lo sé, pero al final lo entenderéis; antes de que abráis esa puerta y abandonéis la habitación, os prometo que lo habréis entendido todo.

Tenía tres formas de ser cabrona. He conocido a otras mujeres que tenían más, pero tres son suficientes para una vieja dama senil que pasaba casi todo el rato pegada a la silla de ruedas o a la cama. Tres es una cantidad de mil demonios para una mujer en su estado.

La primera era cuando se volvía cabrona porque no podía evitarlo. ¿Recordáis lo que he dicho sobre las pinzas, que debías usar seis para tender las sábanas, nunca cuatro? Bueno, es solo un ejemplo.

Las cosas tenían que hacerse de cierta manera si una trabajaba para la señora Bésame-Las-Nalgas Vera Donovan y era mejor no olvidarlo. Ella te decía cómo debían ser las cosas desde el principio y yo estoy aquí para contaros cómo eran. Si te olvidabas de algo una sola vez, tenías que aguantar su lengua afilada. Si te olvidabas dos veces, te jodía el día de pago. Si te olvidabas tres veces, estabas en la calle y podías ahorrarte las excusas. Esa era la norma de Vera y a mí ya me parecía bien. Me parecía duro, pero justo. Si te decía dos veces en qué bandejas debías poner el pan al sacarlo del horno y que nunca lo dejaras en el alféizar de la ventana para enfriarlo como los irlandeses, y aun así no eras capaz de recordarlo, lo más probable era que no pudieras recordarlo nunca.

Tres fallos y a la calle, esa era la norma, y no había absolutamente ninguna excepción. Así ocurrió con un montón de gente en aquella casa durante años. En los viejos tiempos oí decir más de una vez que trabajar para los Donovan era como entrar en una puerta giratoria. Podías dar una vuelta o dos, y algunos llegaban a dar diez o doce vueltas, pero al final siempre acababas escupido en la acera. Así que cuando fui a traba-

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

jar con ella por primera vez —eso fue en 1949, al año siguiente de nacer Selena— entré como se entra en la cueva de un dragón. Pero no era tan mala como a la gente le gustaba creer. Si mantenías los oídos atentos, podías quedarte. Yo lo hice, y el mayordomo también. Pero tenías que estar todo el rato de puntillas porque era aguda, porque siempre sabía más de lo que le pasaba a la gente de la isla que los demás veraneantes… y porque podía ser malvada. Incluso entonces, antes de que le ocurrieran todos sus problemas, podía ser malvada. Para ella era como un pasatiempo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó el primer día—. ¿No deberías estar en casa ocupándote de tu nueva hija y preparando hermosas cenas para la luz de tu vida?

—La señora Cullum está encantada de vigilar a Selena cuatro horas al día —contesté—. Solo puedo trabajar media jornada, señora.

—Solo necesito media jornada, y creo que eso decía mi anuncio en el remedo de periódico local —respondió, mostrándome tan solo el filo de su aguda lengua, sin llegar a cortarme como haría tantas veces en el futuro.

Aquel día estaba haciendo punto, lo recuerdo. Esa mujer podía tejer como el rayo, un par de calcetines en un solo día era algo fácil para ella aunque empezara a las diez de la mañana. Pero decía que tenía que apetecerle.

—Sí, señora. Eso decía.

—No me llamo señora —contestó, dejando el punto—. Me llamo Vera Donovan. Si te contrato, me llamarás señora Donovan, por lo menos hasta que nos conozcamos lo suficiente para cambiarlo. Y yo te llamaré Dolores. ¿Está claro?

—Sí, señora Donovan.

—De acuerdo, es un buen principio. Ahora, responde mi pregunta. ¿Qué haces aquí, teniendo una casa propia que cuidar, Dolores?

—Quiero ganar algo de dinero extra para las Navidades —expliqué. De camino hacia la casa ya había decidido que le

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.

diría eso si me lo preguntaba—. Y si hasta entonces queda usted satisfecha y a mí me gusta trabajar para usted, por supuesto, tal vez me quede un poco más.

—Si te gusta trabajar para mí… —repitió. Luego puso los ojos en blanco como si fuera la mayor estupidez que hubiera oído jamás. ¿Cómo podía alguien no estar contento de trabajar para la gran Vera Donovan? Luego lo repitió de nuevo—: Dinero para las Navidades. —Hizo una pausa sin dejar de mirarme y lo repitió una vez más en tono aún más sarcástico—: ¡Dinero para las Navidades!

Tal como ella sospechaba, yo estaba allí porque apenas me había sacudido el arroz del pelo y ya tenía problemas en mi matrimonio, y ella solo necesitaba ver si me sonrojaba y desviaba la mirada para estar segura. De modo que no me sonrojé y no desvié la mirada aunque solo tenía veintidós años y me costó mucho. No habría admitido a nadie que ya tenía problemas: eso no me lo habrían arrancado ni con caballos salvajes. Lo del dinero para las Navidades era suficiente para Vera por muy sarcástica que se pusiera, y la mayor excusa que estaba dispuesta a permitirme a mí misma era que andaba algo justa de dinero para casa aquel verano. Solo años después pude admitir la verdadera razón que me llevó a la cueva del dragón: tenía que encontrar el modo de recuperar parte del dinero que Joe se bebía durante toda la semana y perdía los viernes por la noche en las partidas de póquer en la trastienda del Fudgy's Tavern, en el continente. En aquella época aún creía que el amor de un hombre por una mujer y de una mujer por un hombre era más fuerte que el amor por la bebida y por los follones, que el amor acabaría alzándose como la nata sobre la leche. En los diez años siguientes aprendí lo suficiente. A veces el mundo es una triste escuela, ¿verdad?

—Bueno —concluyó Vera—. Nos daremos una oportunidad, Dolores St. George… aunque imagino que incluso si das la talla te quedarás embarazada otra vez en un año, y entonces no te veré más.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S.A.